

El Reino de los malditos

Mario Garrido Espinosa

Image not found.

Capítulo 1

El Reino de los Malditos

Mario Garrido Espinosa

Capítulo 1 - La intromisión del torpe

1.

Esta parte de las cuatro grandes hiedras que, a base de enmarañarse unas con otras, cubrían la pequeña mansión, estaba medio seca y a punto de morir. A primera vista podía parecer que el ramaje se adosaba a la pared como si fuera parte de la piedra de su estructura, pero no era así. En esta zona, más bien, ocurría todo lo contrario, dando la sensación de que el muro y el follaje se profesaran, el uno hacia el otro, una antigua e incomprensible repulsión.

El lugar sólo era sombrío durante unas pocas horas del día. El sol, durante el estío, castigaba con toda su furia la pared del edificio. El alto, solitario y anciano olmo de la plazuela, con su robusto y derecho tronco, se apropiaba, con la autoridad que da ser el primero que llegó, de todo el calor del sol que le era posible, aliviando, sin quererlo, algunas zonas del muro —y la hiedra que lo recubría— del infierno reinante cuando mediaba el día. Pero el olmo no lograba abarcar toda la hiedra y la canícula insufrible estaba acabando con cada una de las gotas de agua que recorrían su estructura. Además, nadie se ocupó de regar las trepadoras a partir del día en que don Higinio se instaló de forma definitiva en la mansión. De hecho, antes de que parte de las plantas perdieran la mayoría de su humedad, el dueño había pensado en la posibilidad de arrancarlas y dejar las paredes desnudas. Al final, debido en parte al titánico trabajo que nadie quería realizar —aunque habría sido bien pagado—, la hiedra seguía allí, muriéndose con la lentitud propia del caminar de una tortuga.

Por todo ello, no fue buena idea intentar el ascenso por aquella ruta.

Sonó un pequeño y delicado crujido, casi imperceptible, pero para Mario Tolón Raboso del Vozmediano resultó ser tan fuerte y claro, tan atronador, como si sólo hubiera existido este ruido sobre la tierra. Al instante empezó a ser consciente de que su vida pendía de un hilo o, para ser más exactos, de una ramita de igual tamaño.

No era buen escalador. A decir verdad ésta era la primera vez que trepaba por una pared. Era un hombre capaz de recorrer, sin descanso, enormes distancias en horizontal y a pie —de hecho no tenía, ni sabía montar a caballo, cosa harto rara por aquellos lares—, pero jamás se había

planteado, hasta ahora, la posibilidad de desplazarse hacia arriba y en total verticalidad.

Siendo manifiesta la poca seguridad y experiencia que demostraba, Mario Tolón comenzó a bajar, con sumo cuidado, por donde había subido. Se tomó su tiempo en buscar entre aquellas malditas hojas ovaladas las ramas más gruesas y teóricamente más fuertes, pero el follaje ocultaba, casi de forma malintencionada, los improvisados asideros... Llegó, teniendo mucha suerte, a la zona de la trepadora que no parecía seca. Enroscó un pie en una de sus abundantes ramas, llenas de nudos por esa zona. De esta manera consiguió —sin que fuera su primera intención— descargar en parte su peso en la pierna y así quitar algo de responsabilidad a sus temblorosas manos, ya que éstas todavía agarraban, con mucho miedo, zonas casi secas.

El hombre pasó un buen rato en esta última postura. Quieto, como una ridícula araña negra que dormitara con sus ocho patas pegadas a la pared. Parecía descansar pero, en realidad, lo que ocurría es que no sabía por dónde seguir. De vez en cuando temblaba penosamente si, por acción de su propio peso, la planta se movía un poco. Esta agitación fue máxima cuando se decidió a desprender una de sus manos creyendo haber encontrado otra rama donde amarrarla. De inmediato, la intrépida mano volvió a su lugar originario.

Sudaba como nunca. Sus manos, entre el sudor y el cansancio, ya no resultaban de la efectividad del principio. Se resbalaban, casi sin que se notara, entre las hojas calientes. Y por si todo esto fuera poco, empezó a tener inoportunos calambres en brazos y piernas, que aguantó con gallardía, pues no tenía más remedio.

Tras la quinta dolorosa contracción de sus músculos —que ahora se produjo en la pantorrilla izquierda— descubrió una rama que cruzaba la pared casi de manera horizontal, y que, estando delante de sus narices, había pasado por alto hasta ese momento. Consiguió atenazarse a ella, después de ejecutar una maniobra de poca dificultad, pero que para Mario Tolón resultó ser una proeza digna de mención. A pesar de este último esfuerzo y de que había mejorado notablemente su posición, sus manos —cuyas palmas protestaban emitiendo un dolor intenso y constante—, persistían en escurrirse traidoramente.

¿Cuánto tiempo podía permanecer así? En breves segundos sus castigados puños se negarían a permanecer cerrados por más tiempo...

Un nuevo calambre estalló en su mano izquierda. Luego le tocó el turno a la derecha. El tercer calambre fue tan violento que el hombre soltó sus dos manos de la rama cuya posición era paralela al suelo. Al verse medio suspendido en el vacío intentó impulsarse, de forma harto imprecisa y desesperada, para agarrarse otra vez a la rama. Con la mano izquierda

alcanzó su objetivo, pero el tirón fue tan fuerte que la planta rugió con otro de sus ya familiares crujidos, para luego partirse definitivamente.

Cerró los ojos con fuerza, apretó los dientes y esperó con sufrida resignación el golpe contra el suelo. Y esperó. Y Esperó un rato que le pareció muy grande. ¡A tanta altura estaba! ¡El golpe iba a ser terrible! Encogió los hombros, se encasquetó hasta las cejas el sombrero y volvió a apretar los dientes. Esperó. Escuchaba su corazón palpitando al límite. Siguió esperando. Y esperó... pero ya era demasiado tiempo, de modo que abrió los ojos y comprobó con sorpresa que no se precipitaba en dirección al suelo; tan sólo experimentaba un leve mecimiento. Respiró hondo y tomó conciencia de su peligrosa postura: se encontraba boca abajo, a cinco o seis metros de altura, sostenido sólo por aquel pie que había enroscado en la hiedra. Finalmente, hizo un esfuerzo, a pesar de su aturdimiento, por pensar cómo iba a salir de aquella situación. Una situación que sólo él se había buscado.

2.

La inmensa mujer paró en la fuente, dando la espalda a Mario Tolón. Éste, al verla, contuvo la respiración e intentó que su balanceo fuera mínimo. La moza, que era bien entrada en carnes y en años, descargó un cesto de huevos en el suelo incandescente, asumiendo el riesgo de que reventaran por la alta temperatura del empedrado. Oteó el fondo de las tres calles que desembocaban en la poco concurrida Plaza de Los Cien Fuegos. Estaban desiertas. No se molestó en mirar la parte alta de las casas, tal vez pensando que nadie a las cuatro de la tarde, con un sol de mil demonios, estaría asomado a una ventana. Parecía más probable que se encontraran durmiendo la siesta en la habitación más fresca, en espera de que el implacable calor cediera al ir acabando el día.

La gorda mujer se levantó el gigantesco y raído faldón que, a base de muchos metros de tela, la cubría una panza descomunal terminada en dos piernas del tamaño de sendos barriles de vino, y ausentes, por tanto, de cualquier forma femenina. Acto seguido salpicó de agua todo lo largo y ancho de esa parte de su cuerpo. Luego, no sin dificultad, se ahuecó el escote sacando uno por uno sus dos caídos, venosos y feísimos pechos, similares en volumen a su desmedida barriga. Se refrescó abundantemente aquel par de ubres y cuando lo tuvo a bien se dio media vuelta, se sentó en la pileta y, para espanto de Mario, acomodó otra vez en su sitio el par de fofas tetas.

El hombre empezaba a desesperarse: primero por el horrible espectáculo; y segundo porque el ramaje que lo sostenía ya no parecía resistir su peso y se rompería pronto. Además, por sus oídos se metía el bramido odioso de un par de chicharras macho, que lo impedía pensar con claridad en una

forma de evitar el inminente y seguro golpe.

La corpulenta mujer, ya más despacio, se mojó la cara. Debió de entender que meter la cabeza en la pileta era un método más rápido que el de aproximar el agua, utilizando las manos a modo de cuenco, a su fea jeta, y, sin pensarlo dos veces, introdujo el cráneo de un golpe hasta mojarse los hombros. Las olas que se formaron desbordaron en parte el agua acumulada.

Mario Tolón empezó a notar algunos problemas para insuflar aire a sus pulmones. Con el calor y la postura comenzó a ponerse rojo. Al poco su vista quedó nublada. “¡Desaparece de una vez, maldita gorda!”, gritaba con el pensamiento el pobre hombre, y no podía evitar sentir cierto horror al ver, ahora de forma bastante borrosa, la cara de la mujer, que se mostraba con su engrasado, mojado y negro cabello pegado a la frente y a sus tremendos mofletes, donde a poco que te fijaras podías descubrir pequeñas llagas mal curadas.

Las chicharras seguían frotando las zonas rugosas de su primer par de alas, compitiendo por ver quién molestaba más con aquel ruido.

La descomedida moza reflejaba una cara de inmensa satisfacción y suspiraba de alivio de forma ostentosa. Mario Tolón, sin embargo, ensayaba con su cara extrañas muecas y a juzgar por el nuevo color que empezaba a tomar su rostro, no debía de faltar mucho para que toda la sangre almacenada en el cuerpo terminara por alojarse en la cabeza.

La mujer miró por primera vez desde hacía algunos minutos a izquierda y derecha, para luego descalzarse un pie y, con una agilidad no imaginable en un principio, elevarlo y sumergirlo en la pileta, alzando, con cierto donaire, su pierna de carnes abundantes, varicosas y en constante bamboleo, como si fuera la de una niña de pocos años y muchas docenas de kilos menos. Después, el otro pie recibió igual trato.

—¡Que se marche de una vez...! —suplicaba Mario Tolón, con los ojos nublados del todo, a cualquier divinidad que pudiera estar escuchándole.

Justo en ese momento la mujer tosió como si algo la obstruyera el gargante. Se aclaró la garganta con fuerza y, tomando impulso, escupió una sustancia marrón verdosa que atravesó el agua de la pileta como si fuera una piedra, para terminar alojándose entre el verdín del fondo formando un pequeño cráter. El agua se enturbió en parte durante unos segundos.

El color de la tez de Mario Tolón pasó ahora a tomar tonalidades verdosas, curiosamente parecidas a las de los cuerpos de los dos insectos, que no sólo no callaban, sino que por momentos parecían hacer un estruendo

mayor.

Por fin, tras largo rato, la megalítica mujer cogió su cesto de huevos, ensayó un último suspiro de placer y se fue por donde había venido, dejando un rastro de agua que era absorbido por el piso de forma inmediata. Mario Tolón respiró con fuerza todo el aire que le faltaba y, al hacerlo, la rama de la esforzada planta, ya medio partida, se partió del todo.

El sonido del golpe silenció a las dos chicharras.

La caída se había efectuado a increíble velocidad. La cabeza fue la primera parte del cuerpo de Mario Tolón que dio contra el empedrado de la calle, junto a los agujeros de donde salían las ramas principales de las hiedras.

Dos minutos después se incorporó medio aturdido y quedó sentado, apoyado en las palmas de sus manos en posición ligeramente estúpida. No era muy consciente de la realidad que la rodeaba y seguía con la vista una colección de estrellas y chiribitas que sólo él podía ver. Al instante notó que sus manos, piernas y trasero ardían como el infierno. El suelo de la calle, por culpa de las últimas horas de implacable sol, estaba abrasando. Se levantó de un brinco y, recordando súbitamente cuales eran las indignas intenciones por las que había llegado hasta aquella plaza, corrió a esconderse.

3.

Mario Tolón, medio ocultado en un callejón, observó durante unos cuantos minutos la quietud del lugar. Nadie parecía haber oído nada o simplemente no querían asomarse al brasero que era en ese momento la Plaza de los Cien Fuegos. Cuando entendió que había pasado el peligro —peligro que, a decir verdad, nunca existió—, decidió evaluar los daños.

Se quitó primero el sombrero, que era curiosamente parecido al que habían lucido los mosqueteros franceses medio centenar de años atrás, y observó que estaba totalmente arrugado y deforme. Aquel sombrero, con sus adornos de plumas desplumadas, nunca había sido gran cosa. De hecho, lo había encontrado perdido —tal vez tirado— en la linde de un camino por el que no pasaba nunca nadie. Desde entonces lo lucía en todo lo alto de su testa, teniéndole gran cariño. Hoy se mostraba más viejo que nunca, pero el ladrón lo adecentó como pudo con un golpe aquí y otro allá, y no quedó peor que antes del golpe.

Como en un acto reflejo se echó mano a la cabeza. Le dolía bastante. Explorando su cráneo palpó algunos pedazos de algo adherido al pelo por los sitios donde más malestar notaba. Se arrancó una de estas partículas y sin saber reconocer que era, en un acto instintivo, se la metió en la boca, donde la saboreó y mordió. Al rato la escupió sin apreciar que se

trataba de uno de los pegotes de sangre de las brechas pequeñas que se crearon en el impacto final de la fenomenal caída, y que con el horrible calor habían secado pronto, formando unas poco agraciadas costras de color rojo oscuro. No se preocupó en exceso pues hacía mucho tiempo que ese cabello no tocaba el agua y, todavía menos, el jabón. Pensó, finalmente, que serían restos de suciedad de los que era costumbre que poblaran cualquier parte de su anatomía, y zanjando así el asunto se volvió rauda a poner su maltrecho y apreciado sombrero, ya que sentía como cocía su cabeza.

Examinó su espada —que con seguridad no era de acero toledano— y vio que con la caída había cambiado su forma recta por la de una *e*le mayúscula. La enderezó a patadas contra el suelo y cuando estuvo más o menos derecha —cosa que no exigió demasiado trabajo—, estudió otro camino por donde subir.

No tardó ni un minuto en darse cuenta de que no podía pensar con claridad. Sus ropas, curiosamente cortesana y de colores oscuros, que se completaban con una corbata de lino y encaje muy a la moda —sabe Dios de dónde la habría robado—, lo estaban achicharrando. El ladrón tenía que aliviar de alguna manera aquel bochorno tan insufrible que empezaba a sentir, de manera que, haciendo el menor ruido posible, entró ambas piernas en la pileta de la fuente, y, cuando lo creyó conveniente, metió el resto de su cuerpo en el agua, incluyendo la cabeza y el sombrero, que, en vez de flotar, se quedó acoplado a su cráneo, como si su pelo generara un fuerte pegamento.

4.

Esta vez subió sin problemas. El agua fresca de la fuente consiguió despejarle del aturdimiento acumulado por el calor y el terrible golpe. Primero estudió tranquilamente un itinerario desde el suelo y así eligió, de forma cuidadosa, las que a priori parecían mejores ramas. Había aprendido la lección y ahora no pensaba ascender sin más, dando así alas a su torpeza respecto de la disciplina de la escalada. En consecuencia, ubicó los pies en los lugares adecuados, las manos agarraron las ramas correctas y en breves segundos, con una facilidad formidable, alcanzó su objetivo. Fue desde aquella perspectiva cuando comprobó que a cada lado de todas las ventanas reposaba un escudo de armas cuartelado en cruz, esculpido en la piedra. Desde abajo, por culpa de la tupida hiedra apenas se podían distinguir. Algunos de ellos se encontraban algo deteriorados, sin embargo, los más cercanos a él conservaban el aspecto del primer día. No era la primera vez que veía este tipo de emblema, pero no recordaba el motivo por el que le resultaba tan familiar. Enseguida se olvidó del asunto de los escudos y se dispuso a observar, a través de la ventana, lo que se albergaba dentro de la mansión.

Allí estaba, deslumbrante al abrigo de la intimidad. Mario Tolón se alegró grandemente por no haberse equivocado. Casi un par de horas antes la había distinguido justo en esta ventana, cuando se encaminaba hacia la mansión, por la calle más ancha de las tres que iban a dar a la Plaza de los Cien Fuegos. En esos momentos no tenía muy claro cómo se las iba a ingeniar para llegar hasta ella, pero en cuanto la divisó por la ventana, de repente, le vino a la mente la idea de la loca escalada. En caso de no haberla visto, no se habría atrevido a intentar nada y el futuro de todos, por tanto, habría sido menos dramático.

5.

En verdad era bella aquella mujer. Se llamaba Laura Lopezosa Quesada, y ese nombre habría de perdurar en la memoria del ladrón durante el resto de su corta vida.

En la última hora había estado ocupada preparándose un agradable baño. Iba de un sitio a otro con cubos de madera llenos de agua, recogida del caño de la fuente del patio interior de la mansión. Previamente caldeó en el fuego de la cocina un poco de agua, mezclándola después con un cuenco mediano de perfume de olor a rosas. Vertió el líquido caliente en el barreño enorme de metal que había utilizado para bañarse desde que era niña. Esperó a que la mezcla se enfriara un poco y toda la habitación terminara oliendo maravillosamente.

Todo este trabajo lo podría haber hecho algún criado, pero Laura sabía por propia experiencia que nunca estaba el agua como ella quería: ni en cantidad, ni en temperatura, ni en aroma a rosas... ni en nada. De manera que todo se lo hacía ella, y con la fuerza de la costumbre terminó realizando estos trabajos con agrado; no en vano era una manera como otra cualquiera de combatir el aburrimiento permanente del pueblo en que la había tocado vivir.

Una vez estuvo lleno el recipiente ovalado, metió sus finos dedos en el agua y comprobó que estaba a su gusto. Satisfecha del resultado dejó los cubos que había utilizado en la puerta de su estancia para que algún criado se lo llevara; luego cerró con llave.

Siempre se sentía muy feliz en los prolegómenos de un buen baño. Cada dos o tres días —cadencia excepcionalmente corta para las costumbres de aquel Reino— dedicaba un par de horas a su higiene personal con gran agrado y éste estado de ánimo la hacía recitar poemas y cantar viejas tonadas infantiles que de manera perpetúa se habían instalado en su memoria. Así, casi sin ser consciente de ello, inició la entonación de las primeras estrofas de una famosa canción:

De todas las canciones que Laura había aprendido, su preferida era 'El Árbol Princesa'. Se trataba de una antigua, inocente y larga canción que

muy pocos en el Reino de Gurracam no habían escuchado —aunque sólo fuera alguno de sus más de trescientos sesenta versos— de boca de algún juglar o cantante ocasional. Laura se la sabía entera y era capaz de cantarla de principio a fin o empezando por cualquiera de sus estrofas. Recitarla siempre la ponía de buen humor; a pesar de la indiscutible tristeza del cuento, Laura era consciente de su final feliz. Continúo con la canción infantil:

Mario Tolón se asomó a la ventana justo cuando Laura Lopezosa empezaba a recogerse el cabello en un moño, dejándose sin querer un gracioso mechón de pelo suelto por mitad de la cara. Sin saber que era espiada, dispuso una pastilla de jabón verde, traído desde San Josafar, y una blanca toalla de pelo suave y esponjoso a un lado de la improvisada bañera. Mario aprovechó para abrir un poco una de las hojas de la ventana. Aquel movimiento hizo más ruido del esperado de modo que el ladrón interrumpió su acción dejando una rendija. Laura seguía cantando ajena a la ventana por donde nada debería de existir fuera de lo normal. Entonces Mario pudo escucharla:

Laura empezó a quitarse sus ya de por sí pocas vestiduras. Mario Tolón no pudo evitar excitarse con el simple hecho de ver la forma tan femenina que tenía de desnudarse la mujer que espiaba. Lo hacía pieza por pieza, doblando perfectamente cada prenda y depositándola en un mismo lugar. Parecía estar realizando una especie de ritual altamente atractivo, con pasos y movimientos hechos desde hacía mucho tiempo de esa sola manera.

El hombre pensó en entrar en ese momento pues su posición, colgado de una traicionera planta, no daba ningún tipo de seguridad, pero esperó para ver cómo se deshacía de todos sus ropajes, casi infantiles; y disfrutó contemplando la manera majestuosa en que se inclinaba para dejar la ropa o el gesto mecánico, constante y provocativo de apartarse de los ojos aquel mechón de pelo que no había recogido en su moño. Cuando empezó a desprenderse de las últimas prendas, el ladrón cambió su excitación por pura y llana admiración hacia el cuerpo de mujer que tenía la suerte de contemplar, moviéndose con libre naturalidad.

Laura, ajena a todo, seguía cantando con un tono cada vez más alto, armonioso y perfecto:

“Ahora se meterá en el barreño y se enjabonará por todo el cuerpo”, dedujo la mente lamentable del hombre, justo en el instante en que Laura Lopezosa estuvo totalmente desnuda e interrumpió su canto para, poco a poco, ir entrando en el agua templada y perfumada.

De repente, la hiedra crujió, avisando así de que no quería soportar más el peso de Mario Tolón. Éste, entendiendo que su posición dejaba de ser

segura, se decidió a actuar.

6.

Laura Lopezosa Quesada casi había metido un pie en el agua cuando vio estupefacta como un hombre abrió de un golpe la única ventana de su habitación para acto seguido pasar tranquilamente. Tenía el largo pelo despeinado, sucio y mojado de sudor. Su ridículo sombrero y sus vestiduras arrugadas parecían haber estado empapadas minutos antes. Su cara congestionada le resultaba conocida —a decir verdad, demasiado—, pero no recordaba quién era ni la situación resultaba propicia para pensar en ello.

—¡Dios santo! —gritó mientras se apresuraba para intentar cubrirse con la toalla de pelo blanco.

—¿No te acuerdas de mí? —comentó el ladrón en voz baja—. Soy don Mario Tolón, vuestro más ferviente servidor...

—¡Fuera de aquí!

—No te asustes. Nunca te haría daño.

—¡Voy a llamar a mi padre...!

—Sosíégate mi querida Laura. Permíteme antes recordarte quién soy —chistó Mario Tolón, que había notado con mucho agrado la enorme diferencia de temperatura que se disfrutaba dentro de la habitación en comparación con la de la calle. La mansión parecía tener propiedades parecidas a las de una cueva. Tal vez era ese el motivo por el que la ventana estaba cerrada. Además, el suave olor a rosas de la habitación resultó ser el más delicioso que su poco entrenado olfato había tenido ocasión de detectar a lo largo de su vida.

Laura Lopezosa, presa del nerviosismo, corrió en dirección a la puerta, haciendo oídos sordos a lo que pudiera decir aquel hombre, que seguía soltando por su boca palabras fuera de toda razón. Mario Tolón fue más rápido y la impidió llegar hasta la salida, dando un salto de ardilla voladora y cogiéndola milagrosamente por uno de sus finos tobillos. A pesar de todo la muchacha llegó a alcanzar el picaporte de la puerta, pero como estaba cerrada con llave no consiguió abrirla. Desesperada, empezó, sin descuidar la toalla, a sacudir y tirar de su pierna, pero la manaza del hombre no le soltaba su delicado tobillo.

—¡Me hace usted daño! —protestó asustada.

—No intentes huir de mí —suplicó el ladrón, mientras seguía tumbado en el suelo agarrando firmemente el tobillo de la muchacha. Entonces hubo

un momento de silencio. Fue apenas un instante pero los dos se quedaron quietos en sus ridículas posiciones y Mario, más versado en estas lides, aprovechó el desconcierto y besó los dedos del pie que aferraba. Tras ello levantó la vista buscando los hermosos y grandes ojos aterrados de la muchacha.

—Ves como mis intenciones son buenas...

Laura miró al hombre con evidente extrañeza.

—Suélteme entonces...

—No, hasta que te tranquilices.

Al ver que no conseguiría nada con las palabras, Laura flexionó las piernas y con las dos manos intentó abrir la garra que la inmovilizaba el tobillo. Fue un gran error, pues Mario Tolón aprovechó para cogerla de su suave muñeca derecha.

—¡Que me suelte! —insistió sulfurada.

—Por favor, no puedo creer que no sepas quién soy.

Mario tiró del brazo de Laura y se colocó de espaldas a la puerta. Ella, que apenas podía controlar la toalla con la mano que la quedaba libre, empezó a sentir una enorme vergüenza.

—Ayer en la Plaza Mayor —indicó el ladrón sin alzar la voz—. ¿Recuerdas?

La muchacha pensó en lo sucedido en el día anterior y enseguida supo, con cierto terror y asco, quién era aquel hombre. Era curioso cómo había desaparecido de su mente aquel sujeto a pesar de todo lo ocurrido en la Plaza Mayor unas cuantas decenas de horas antes. En estas estaba cuando pegó un respingo al ver que una mano venía amenazante hacía su pecho izquierdo. La toalla que la cubría parte del cuerpo se había caído por ese lado, dejando al descubierto un virginal pecho redondo, en el que sobresalía un pezón pequeño de un color marrón muy oscuro, que contrastaba con la blancura rosácea del resto de su piel. Con la mano libre pegó un sonoro manotazo, acompañado de un chillido nervioso, consiguiendo desviar así la trayectoria de la confiada mano de Mario Tolón. Ésta enrojeció tras el impacto ya que la moza portaba en su dedo índice un gordo y pesado anillo de oro en el que iba engarzada una piedra azul que, tal vez sin serlo, podría pasar por una turquesa. Con la mitad de lo que valía esa joya Mario Tolón podría haber vivido a cuerpo de rey muchos meses.

—No seas arisca. No tengas esta actitud conmigo —suplicó Mario Tolón mientras escrutaba con la mirada el delgado cuerpo de Laura Lopezosa,

que ahora se mostraba totalmente desnudo, casi indefenso, ya que al apartar la mano del ladrón, la toalla que lo tapaba en parte, había caído al suelo—. Deja de una vez ya en libertad a tu conciencia. En el fondo sé lo que quieres y coincide con lo que yo anhelo —añadió a la vez que se frotaba con el pecho la mano que había sido golpeada por el anillo de Laura y en la que sentía ahora un intenso dolor—. Es una tontería demorar algo que los dos deseamos fuertemente.

Dicho esto el hombre soltó a Laura Lopezosa y, sin moverse del sitio, se dispuso a quitarse sus ropajes y armas.

—¡Qué hace! ¡Vístase y márchese! ¡Yo no quiero nada con vos! —avisó Laura desesperada, mientras recuperaba la toalla.

—Claro que quieres algo. Ayer me lo dijiste con tu cara, con tus gestos y con esa sonrisa y esa mirada tan linda que me regalaste —contestó cuando quedó del todo desnudo, dejando al descubierto un cuerpo que no era precisamente de belleza excepcional—. Acaso piensas que soy tan necio como para no saber entender el significado de aquella última mirada tuya.

Laura Lopezosa no recordaba haber puesto ningún tipo específico de mirada. Como mucho debió de mostrar cara de alegría al librarse de él. De inmediato y por puro instinto fijó su vista en el cuerpo de Mario Tolón y su rostro la delató: no había visto nunca a un hombre desnudo. Mario se dio cuenta de ello y se alegró interiormente. Con cierta seguridad debía de ser el primero y, por tanto, ella habría de ser virgen. Antes de que saliera de su estúpido ensimismamiento la dejó sin la toalla de un sólo tirón. Ella quiso chillar pero no pudo, absorta en la contemplación de aquella cosa colgante de la que tanto había oído hablar, sobre todo a su hermana —que hasta la hacía dibujos de dudoso gusto—, pero que nunca había visto al natural. Estaba confusa. No sabía si aquello era realmente así o es que su hermana la había engañado, describiéndola cosas no pertenecientes a este mundo. Laura no lo sabía aún, pero su sentimiento en esos momentos era de pura decepción ante lo que allí mostraba el asaltante. La muchacha se lo imaginaba como algo mucho más espectacular, pero en aquel hombre sólo había un trozo de carne fea, macilenta y aparentemente lasa, que luchaba por despuntar de entre un matojo de pelo negro, enmarañado y sucio.

7.

Una persona espiaba, escuchando con la oreja derecha pegada a la pared, desde el instante en que Laura Lopezosa emitiera su primer grito. Parecía esperar con pasmosa paciencia el momento adecuado para intervenir. De vez en cuando reía quedamente o arrancaba y se comía una uva de un racimo enorme que reposaba en una bandeja de plata, justo encima de la mesa de madera de roble arrimada al tabique de separación de las dos

habitaciones.

—¡Ven aquí! —ordenó Mario Tolón, ajeno a que alguien más oía su voz.

Laura Lopezosa pronunció un “no” inaudible y se fue echando hacia atrás con pasos cortos, a la vez que intentaba ocultar todo lo que podía con sus manos y brazos. Pero en realidad, cuando tapaba una parte de su cuerpo, descuidaba otra, y en esta situación Mario no podía evitar que su imaginación calenturienta formara cotas todavía más ideales de belleza y su excitación, naturalmente, fuera en aumento. Su miembro, en consecuencia, empezaba a tomar un volumen poco manejable, ante la cara de espanto de Laura, que por momentos se estaba quedando sin la facultad para poder articular palabras. La pobre, parecía estar inmersa en medio de una pesadilla repugnante. Pero no era un sueño. Todo era muy real y por eso no dejaba de preguntarse con asombro cómo era posible que la pudiera pasar a ella algo así en su propia casa.

El ladrón, por fin, se lanzó hacia la muchacha como un león sediento de sangre, pero sin calcular bien su propio impulso —como tantas veces le había pasado a lo largo de su vida—, de manera que Laura supo apartarse a tiempo con un grácil y rápido movimiento de su perfecto cuerpo, y el imperfecto cuerpo de Mario se desplomó de golpe en el barreño lleno de agua. El ladrón no pudo evitar esbozar una exclamación de desagrado al notar la sensación horrible del cambio de temperatura entre su cuerpo ardiente y el agua fresca con perfume a rosas. Después comprobó con fastidio que aquello que empezaba a tomar un tamaño distinto al normal, volvió súbitamente a su triste estado original.

La persona que espiaba en la estancia contigua se decidió a actuar. Justo ahora era el momento de entrar en la habitación de Laura.

Podéis conseguir "El Reino de los Malditos" en Leibroseditorial.com, la Casa del Libro o Amazon.

Échale un vistazo al Book Trailer: <https://youtu.be/kCcbm2dBU6g>

Y si queréis saber más, pasáros por la página de Facebook.

<https://www.facebook.com/EIReinodelosmalditos>

GRACIAS !!

Capítulo 2

El Reino de los Malditos

Mario Garrido Espinosa

Capítulo 2 - El pasado de don Higinio

1.

Don Higinio Lopezosa Quesada era un hombre inmensamente rico. No sabía con exactitud el volumen de su fortuna, pero no por ello era una persona dichosa, ya que en otro tiempo, a pesar de contar con mucho menos patrimonio, había conocido una felicidad que no volvió a sentir nunca más en su vida. Ni todo ese dinero —cantidad no menor a los novecientos cincuenta mil alejandrinos de oro—, sus tierras y sus lujos podían proporcionarle la dicha que en su día le regaló sinceramente su esposa, la hermosa Escolástica Eugenia Ortega.

Fue militar, ocupando un cargo importante desde muy joven, pero lo abandonó cuando su mujer murió tres meses después del parto de Laura, aquejada de una fiebre espantosa y pertinaz. Llevaba siendo viudo, por tanto, todos los años que tenía Laura y su carácter malicioso había empeorado desde aquel desafortunado día en que dejó de respirar su amada.

La enfermedad de Escolástica Eugenia fue causada por una inexplicable infección alimenticia, que se apoderó de ella durante dos semanas y media de sufrimientos y recaídas, y que los caros y prestigiosos médicos que don Higinio contrató, entre los mejores de todo San Josafar, no supieron contener. Hasta los regios oídos del Rey Bartolomé III El Magnífico —apodado así no por sus hazañas, sino por su afición a un vino recio del norte del país que recibía este nombre— llegó la noticia del padecimiento de la bella esposa de don Higinio. Mandó a su médico personal que se acercara hasta la casa donde penaba la enferma, pero cuando el galeno se presentó para prestar sus servicios, ya era demasiado tarde.

Tras este terrible suceso, don Higinio se trasladó a vivir, en un destierro voluntario, a La Alpurria del Campo; y allí, poniendo una distancia mayor a las setenta y cinco leguas entre sus recuerdos en la capital del Reino y él, intentó olvidar a su amada... Pero le fue imposible.

Era todavía un joven militar, con algo más de cuatro años de servicio, cuando conoció a la imponente Escolástica Eugenia. Ocurrió en la fiesta de Mayas más multitudinaria que se recordaba en San Josafar. Fue un cuatro de mayo en el que se celebraba, como en los siguientes días, la invención

de la Santa Cruz y por todos los barrios se había instalado uno de estos símbolos, que los vecinos adornaban en proporción directa a su nivel económico, devoción y desprendimiento.

En el momento de elegir a la Reina de Mayo todo era un rumor de dudas. Antes habían desfilado por la tarima puesta al efecto veinte preciosas, solteras y jóvenes aspirantes, que, según rezaba en los carteles anunciadores del evento, estaban bajo la influencia y protección de Camael, ángel de la belleza. Por fin, el alcalde Juan de la Cuadra nombró como Maya a Escolástica, y aunque fue casualidad, la ganadora resultó ser la justa, a pesar de que el máximo edil de la ciudad era buen amigo —de los que deben favores y grandes— de los padres de la bella aspirante.

Acto seguido de resolverse el dilema, la nueva Reina de Mayo fue vestida galanamente, entronizada con todos los honores y rodeada de cestas de flores que exaltaban aún más su indiscutible belleza y estilo. Por al lado de Escolástica Eugenia fueron pasando todas las personalidades que se prestaban a este juego, haciendo la correspondiente reverencia real. Cuando acabó la audiencia pasó a encabezar una comitiva de otras muchachas, que se dedicarían a pedir dinero, como era costumbre, a los asistentes a la fiesta. Más de uno pensó, a la vez que entregaba algún alejandrino, en lo agradable que resultaría llevarse a la cama a semejante mujer, pero afortunadamente sólo llegaron a ser pensamientos.

Don Higinio no faltó a la hora de presentar sus respetos a la flamante Reina de Mayo, pero lo hizo cuando la pantomima había acabado. Lucía su tupido bigote con las puntas perfectamente enceradas y se cubría con su traje militar de gala impoluto del que colgaban algunas condecoraciones y medallas poco importantes, si las comparamos con las que vendrían en los siguientes años. Tan maravillado quedó con aquella niña que decidió que habría de ser suya y de nadie más. Y como tantas otras cosas en su vida fue de él y de nadie más; así de sencillo.

Al día siguiente, don Higinio Lopezosa hizo que lo afeitaran y cortaran el pelo en la mejor barbería de todo San Josafar. Ya en su casa se acicaló despacio y concienzudamente, y cuando entendió que no se podía sacar más partido a su aspecto, se encaminó resueltamente hacia la casa de los señores de Ortega Villa de la Guindalera, duques de Sotopontoso y Luciergapo. Su intención era felicitarles formalmente por el nuevo reinado de su hija Escolástica Eugenia. Los duques quedaron fascinados con el porte, el brillo de las medallas, y la fina educación del joven y prometedor militar. Ganada la confianza de los padres, el acto de pedir la mano de la hija al poco tiempo resultó ser facilísimo —sobre todo porque la mimada hija de los marqueses no pudo evitar enamorarse del joven y guapo militar al tercer día que resultó ser agasajada con flores, piropos y promesas, que de ningún modo iban a ser incumplidas—; y así, en menos

de cinco meses llegó el día de la boda.

El enlace matrimonial fue casi tan sonado como el de un príncipe; de hecho, se murmuraba que al banquete nupcial acudió el Rey Bartolomé III El Magnífico —haciendo durante la velada honor a su apodo— y la Reina Engracia La Tuerta, cosa harto rara ya que el Monarca no permitía casi nunca que su esposa fuera vista en público, tal vez pensando que el mote podía degenerar en otro peor si la gente la veía más de cerca.

Los novios llegaron al altar mayor de la catedral de Baruc y Ezequiel, situada en la céntrica calle de la Arriería, montados en una carroza tirada por cuatro caballos percherones bellamente enjaezados, traídos expresamente del sur de Francia. El cortejo iba acompañado de oficiales a caballo y las calles cercanas a la catedral se adornaron con guirnaldas y estrechos gallardetes de todos los colores, dando a algunas avenidas el aspecto del terreno de una justa medieval.

La solemne misa, oficiada por el cardenal Luis Amalio Isidro Farnesio, duró casi cuatro horas y media y no acabó con la paciencia de la totalidad de los invitados de puro milagro. Con todo, se contaron por decenas los que desertaron en mitad de la empalagante eucaristía. En los días siguientes una coplilla burlona, realizada por algún aspirante a poeta, se difundía de calle en calle contando que al finalizar la celebración habían suspirado de alivio hasta las imágenes del altar mayor, que parecieron pasar igual calvario que el que representaban desde siempre en la parte superior del inmenso retablo.

A la salida de la ceremonia se repartieron quince toneles de vino joven gratis para todo aquel que quisiera brindar por la buena salud de los recién casados. Fueron regalo de la familia Ortega Villa de la Guindalera, que también pagaron los festejos y bailes en honor de su única hija y su nuevo yerno. Éstos se prolongaron durante el resto de la semana, aunque no todo el mundo participó de ellos, pues en San Josafar se tenía a don Higinio por el más cruel y despiadado guardia alguacil que se había conocido; y más de la mitad de los vecinos de la capital habían tenido la desgracia de mantener algún desagradable encuentro con él o con alguno de sus subordinados.

Los padres de Escolástica Eugenia, además, corrieron con las demás costas derivadas de la boda y, en consecuencia, se gastaron un dineral; pero lo hicieron con gusto, pues estaban orgullosos de aquel marido que habían proporcionado a su única descendiente. Este orgullo menguó bastante el día que vio la luz la primera hija fruto del matrimonio, Irene, que por expreso capricho de don Higinio Lopezosa, no llevaría ninguno de los apellidos de la familia Ortega. A partir de entonces las reuniones del militar con los duques fueron esporádicas y raramente gratas.

A pesar del distanciamiento de sus padres, Escolástica Eugenia debió de ser muy feliz en su escaso tiempo como casada, pues aunque era legendario el mal carácter de su marido, éste nunca fue brusco con ella, ya que la amaba con locura, casi con un fervor religioso; y sus malas e imprevisibles maneras se las guardaba para los delincuentes, la soldadesca y el acuartelamiento donde trabajaba.

2.

En su época militar, don Higinio Lopezosa Quesada destacó por su innecesaria violencia y eficacia a la hora de sofocar revueltas y altercados en San Josafar, pisoteando a bandoleros, timadores, artesanos, jornaleros y fulleros por igual; sin distinguir, en demasiadas ocasiones, quien era el honrado y quien el malhechor. Se hizo famoso, además, por evitar el pillaje y el robo durante las romerías de la ermita de San Blas y del Ángel de la Guarda, en el parque que llamaban Hogar del Campo, así como en las de San Isidoro, Santiago y San Marcos, donde los soldados a sus órdenes, más que respeto, infundían pánico a su paso.

Don Higinio terminó siendo en poco tiempo capitán de los Reales Guardias de Alguacilería de San Josafar. Este pequeño ejército había sido creado pocos años antes de morir por Calixto X —el bisabuelo del actual Rey—, hacía ya cien años. La capital de Gurracam era en aquel tiempo un hervidero de delincuentes y gente de mal vivir, y se estaba convirtiendo con incontrolable rapidez en el lugar más peligroso de todo el Reino. Prueba de ello era la enorme cantidad de personas dedicadas a la mendicidad, que el Rey pensaba que al no vivir de un trabajo fijo inducían a malas costumbres en la vecindad, y que habrían de hacer mejor servicio regresando a sus lugares de origen o enrolados en la marina, descubriendo mundos o muriendo en batallas en cualquiera de los océanos donde Gurracam estuviera presente. Famosos eran también los baños en el río Manzana, que dividía San Josafar en dos. Muchos vecinos lo hacían desnudos, lo que conducían a una falta de decencia que el Monarca no estaba dispuesto a tolerar, teniendo en cuenta, además, que muchos de estos baños se disfrutaban delante de palacio. Por último eran de preocupar los pequeños —pero frecuentes— motines populares que estallaban por causas —que poca o ninguna importancia tenían para el antepasado de Bartolomé III— como la carestía del pan, la falta de faroles en las calles o por el hecho de que la mayoría de los vecinos comieran sopa con ninguna sustancia y tocino seco y rancio en el mejor de los casos, y en palacio las viandas fueran, en el peor de los casos, pierna de carnero, queso de Parma costosamente traído de la vecina península Itálica y truchas recién sacadas y transportadas desde el lejano río Trillón.

Para solucionar todos estos molestos problemas, el Rey Calixto X instauró un ejército que tenía un cuartel cada tres calles de la ciudad y que, no sólo se dedicaba a ejecutar autos de arresto o de prisión, mandamientos

de ejecución y embargos, y a mantener la seguridad y el orden en las calles y plazas, sino que gozaban de plena libertad para hacer su trabajo de la manera más efectiva posible, siendo norma general hacer la vista gorda siempre que fuera preciso.

—La gloria y la fama de los guardias alguaciles de San Josafar será medida en el futuro por sus estupendos resultados —llegó a decir Calixto X en un discurso de arenga tras la imposición de una cuantas medallas—. A nadie ha de importarle entonces, ni ahora ni nunca, los medios utilizados para llegar hasta ella.

Moviéndose en este ambiente don Higinio subió rápidamente a los altos mandos por ser el más sangriento —pero al fin y al cabo, efectivo— de todos los guardias alguaciles que en sus cien años de existencia se había alistado en el cuerpo. No es de extrañar que don Higinio Lopezosa Quesada llegara a ser conocido por todos los delincuentes de la ciudad y su contorno, que empezaron a llamarle El Carnicero; aunque pronto el mote cayó casi en total desuso, pues el pobre hombre que lo había inventado murió de forma no explicada durante un periodo que estuvo residiendo de manera forzada en los sucios calabozos de la calle de Toneleros.

Sabido era que si El Carnicero te buscaba por algún delito y te pillaba, no te librabas de una paliza salvaje, que, en el mejor de los casos, te dejaba postrado en cualquier parte durante tres o cuatro semanas, eso sí, con muy pocas ganas de volver a delinquir... Y este comportamiento, siempre por encima de todos, humildes o ricos, se le quedó grabado a don Higinio para toda la vida. Tanto es así que a pesar de sus muchos años como civil, seguía pensado de la manera cerrada, autoritaria e irracional de un alto mando del ejército gurracamés y en general —exceptuando a sus hijas y algunas personas más— trataba a la gente de manera militar, independientemente de que estuvieran a su servicio o no, de que gozaran de mayor poder económico o no, de que tuvieran mayor edad o no, de que fueran gente culta o no... En definitiva, se comunicaba con los demás como si se trataran de subordinados suyos o soldados recién llegados a su cuartel de guardias alguaciles. Lógicamente, no llegó a tener ningún amigo íntimo en La Alpurria del Campo.

3.

Tras la muerte de su hija, los duques de Sotopontoso y Luciergapo marcharon a Francia para olvidar lo ocurrido, y aunque prometieron volver de vez en cuando para ver a sus nietas, no aparecieron más por Gurracam. Los duques pensaban en secreto que don Higinio llevaba parte de la culpa en la muerte de Escolástica Eugenia y tenían clavado en su corazón el hecho de que sus nietas no portaran ninguno de sus ilustres apellidos. Los señores de Ortega Villa de la Guindalera acarrearon consigo toda su fortuna sin dejar nada a su yerno o a sus nietas, y con el tiempo

vendieron sus vastas posesiones gurracamesas, con la ayuda de un prestigioso y caro intermediario contratado en París.

Los duques y la familia Lopezosa Quesada no volvieron a coincidir nunca más.

Don Higinio buscó un culpable para la muerte de su querida esposa. Durante días anduvo convenciéndose a sí mismo de que había sido envenenada, y la autoría de esta acción horrible —que jamás efectuó nadie— fue adjudicada a un hombre de raza gitana llamado Manuel Montoya, al que desde muy joven lo habían motejado como El Tostaó. Manuel había visitado los calabozos de la cárcel de la Villa y Corte en numerosas ocasiones por robo y siempre don Higinio fue el encargado de capturarlo o de hacer que se cumpliera la condena con la mayor rudeza; tal vez por esta razón pensaba que aquel hombre había matado, en venganza, a la mujer que más quería.

El capitán de la Guardia de Alguacilería no podía ocultar el total desprecio que sentía por Manuel Montoya y por los gitanos en general. En su descargo se podía decir que jamás tuvo trato —tal vez debido a su trabajo— con ninguno que fuera buena persona.

El Tostaó lucía la piel muy morena, ojos y cabello muy negros y nariz aguileña. Su sola presencia daba miedo y la faca albaceteña —regalo de algún pariente español— que escondía entre sus ropas no era nada tranquilizadora. Don Higinio la había probado alguna vez, y bien que había lamentado después Manuel aquel insignificante arañazo.

Tras varias interminables noches de no dejar de pensar en el gitano, don Higinio estuvo totalmente convencido de que Montoya era el asesino de Escolática Eugenia; y así, una mañana de un día de enero —que fue fría e inundada de niebla— se fue a por él.

Aquel iba a ser el último día que estuviera en San Josafar. Una vez terminado el trabajo pensaba iniciar su marcha hacia La Alpurria del Campo. Con tal motivo cargó un carromato con todas las posesiones que consideró importantes y dejó a sus dos hijas subidas al mismo, habiendo antes ordenado a la pequeña Irene de cuatro años que lo esperara en silencio en el interior del carro con su hermana casi recién nacida en brazos y siempre dispuesta para la partida. Al cuidado del vehículo permanecieron cinco guardias alguaciles, que a buen seguro habrían dado su vida antes de que se extraviara el más mínimo objeto del interior del carromato o, peor aún, que alguna de las dos niñas sufriera el más nimio accidente.

No le resultó difícil dar con Manuel Montoya. Cuando don Higinio preguntaba a la canalla o al puterio, éste siempre respondía sin perder un segundo. Aquel día no fue una excepción y a buen seguro que los

interrogados debieron de dar gracias al cielo porque el guardia alguacil sólo quisiera saber el paradero de El Tostaó; y nada más.

Lo encontró medio dormido en una hedionda taberna de la calle San Juliano, con una resaca bastante fuerte.

Tres hombres jugaban al tresillo mientras se servían —a pesar de la hora de la mañana que era— vasos hasta el borde del tinto, espeso y pésimo vino de una jarra. Al más gordo debían de irle muy bien las cosas pues ya era la quinta vez consecutiva que superaba en bazas a sus dos contrincantes, los cuales empezaban a intuir algo más que simple suerte en el juego de aquel hombre mofletudo y risueño al que, por otra parte, no recordaban haber visto nunca por el barrio. Cuando entró don Higinio dejaron los naipes en la mesa, echaron mano de sus armas colgadas del cinto y suplicaron que no fuera a ninguno de ellos al que buscaba.

Manuel Montoya, a pesar de su estado, vio con claridad las intenciones de don Higinio y comprendió que hoy no iba a recibir una paliza para luego acabar encerrado en alguna de las dos torres enchapiteladas de la cárcel de la calle de la Santa Cruz. Hoy, aquel militar, salvaje y sanguinario, venía a por su vida.

—¿Cuánto tiempo Carnicero? —masculló El Tostaó.

—Mucho tiempo. Demasiado —respondió mientras se apartaba la capa y desenfundaba su espada limpia y afilada.

—¿A qué vienes? —preguntó el gitano a la vez que, con muchos nervios y la torpeza debida a su estado, se afanaba en buscar la navaja entre los pliegues de la camisa.

—¡Bien sabes el motivo! —dijo entre dientes el militar.

No hubo tiempo para intentar, al menos, encontrar la albaceteña. La espada de don Higinio atravesó el sucio cuello del gitano de un sólo golpe. La sangre salió muy roja y a gorgotones.

En ese momento apareció por la puerta un chaval que venía corriendo. Estaba sudoroso y se le notaba en la cara unos rasgos agitanados que en pocos años lo convertirían en un hombre cuya sola presencia infundiría respeto y miedo. Venía a avisar a El Tostaó, pero ya era tarde. Don Higinio se volvió sacando la espada chorreante de sangre de Manuel y con un gesto de la cara permitió al muchacho que se marchara, perdonándole así, tal vez, la vida. Luego volvió a mirar al gitano que tenía delante agonizando como sólo un moribundo puede hacer.

—¡Con esto no pagas lo suficiente, cabrón, pero soy hombre piadoso!
—sentenció el joven guardia alguacil y ensartó media espada en el pecho,

para que así dejara de sufrir. Luego, apoyando su pie en el hombro del moribundo, sacó su arma de las entrañas que había rasgado. Con el impulso, el gitano cayó al suelo.

Antes del último suspiro, Manuel Montoya encontró la empuñadura de su navaja. Cerró los ojos. Murió. Mientras, don Higinio limpió la hoja de su espada con un mantel, la enfundó y se marchó sin mediar más palabras.

Las tres personas que jugaban al tresillo y el posadero —más acostumbrado a grescas y pependencias— tardaron en reaccionar largos minutos.

4.

Los orígenes de la fenomenal fortuna de don Higinio eran, cuanto menos, dudosos. En su tiempo castrense no fue un gran ahorrador. Además, se gastó fortunas enteras en complacer los caprichos de su amada esposa, que a decir verdad fueron bien pocos. Escolástica Eugenia era una mujer que para vivir feliz no necesitaba demasiadas cosas materiales, pero también es cierto que algunas resultaban ser muy caras.

El militar retirado llegó a La Alpurria del Campo subido en un carromato que, en un principio, confundieron con el de un vendedor ambulante. Cuando puso sus pies por primera vez en el suelo de aquel pueblo escondía entre los bultos del interior de su vehículo apenas dinero para subsistir él y sus dos hijas durante un año y medio, pero muy pronto se las ingeniaría para incrementar espectacularmente su patrimonio.

El Rey Bartolomé III El Magnífico lamentó profundamente la decisión de don Higinio de dejar la Real Guardia de Alguacilería y marcharse de San Josafar. El Rey no desconocía el hecho de que hacía unos cuantos años que la capital del Reino era, con altos y bajos, como una balsa de aceite y que esto era en parte gracias a la mano —bien es cierto que asesina— del capitán Lopezosa Quesada. De modo que Bartolomé III hizo que viniera a palacio para tratar de persuadirle. El monarca, a pesar de que llegó a ofrecer el quíntuple de su sueldo, un par de propiedades —dos palacetes de tamaño medio— situados en una de las calles centrales de San Josafar y hasta la posibilidad de ascender en unos pocos años a capitán general de todos los guardias alguaciles de San Josafar, no consiguió que don Higinio cambiara de idea; ni siquiera que dudara.

Bartolomé III también sabía que en su calidad de Rey bastaba con ordenarle que siguiera en su puesto para que el joven militar tuviera que acatar su mandato sin poner objeciones, pero se temía que aquello convertiría a don Higinio en su enemigo; y éste era un enemigo que ningún Rey, aunque fuera el que reinaba en las vastas tierras ocupadas por Gurracam, se podía permitir. De manera que haciendo uso de su indudable astucia, el Rey Bartolomé III, en agradecimiento por los

servicios prestados, le entregó la medalla del mérito militar, el premio recompensa al trabajo —que además de otra bonita medalla contaba con cincuenta alejandrinos de plata—, veinticinco alejandrinos de oro sacados directamente de las arcas reales —que se nutrían de los impuestos arrebatados a las gentes que tanto había hecho sufrir don Higinio— y lo nombró dueño de todas las tierras aledañas al pueblo de La Alpurria del Campo, con pleno poder para hacer con ellas lo que quisiera. En su conjunto era un regalo importante y el Rey se aseguró así la fidelidad del capitán, que en un futuro, tal vez, le podría ser necesaria... Por eso, cuando don Higinio aposentó por primera vez los dos pies en la tierra alpurriana, después del largo viaje, sabía que aquello que pisaba era suyo.

5.

De camino a la Alpurria don Higinio atravesó por tierras propiedad de monasterios y allí, descansando del viaje, o en conversaciones con los propios monjes pudo ir haciéndose una idea de cómo sacaría partido de todas las hectáreas que ahora eran propiedad suya.

—Las gentes de por aquí son ignorantes comedores de castañas y bellotas. Peores que los mismos puercos —le confió el Abad de la Abadía de San Salzedo y Buçedo, Marcelino Taruoca, que tomó rápida confianza con el militar retirado tras ver las enseñas de la Guardia Alguacilería—. Y de eso nos hemos valido siempre los del Cister... y los que no lo son, también —remachó con una franqueza espantosa.

En especial de aquella extraña conversación, surgida de la casualidad y el buen beber del Abad, sacó don Higinio todo el conocimiento esencial que necesitaba para forjar su futuro negocio y fortuna. En realidad, aquel religioso no le contó nada que fuera secreto: las prácticas de la Iglesia en Gurraçan eran bien conocidas y el militar retirado sólo las aplicó copiándolas descaradamente.

—Las gentes siempre han vivido de la tierra, del ganado y, en definitiva, de lo que se saca de estas montañas— continuaba el Abad Marcelino Taruoca con su visión sencilla y clara de las cosas—. Un buen día de hace no sé cuantos siglos uno de mis hermanos salió de su cueva y junto a otros como él fundó nuestra querida Abadía; supongo que al principio siguieron al pie de la letra la Regla de San Benito, pero el tiempo pasó y la santísima Regla dejó paso a otras más acordes a nuestro tiempo y más beneficiosas para la Santa Madre Iglesia, que al fin y al cabo necesita de algún recurso para no sucumbir y dejar desvalidos a toda esta pobre gente... Pobres, ¿qué harían sin nosotros? Se convertirían en bestias pecaminosas deseosas de fornicar todo el tiempo y terminarían formando manadas como los lobos, haciendo el mal allí por donde pisaran.— El Abad hizo un silencio, miró a los ojos de su interlocutor, y tras comprobar que sus últimas palabras no se las creían ninguno de los dos, siguió el discurso

en el tono sincero del principio—: En definitiva, lo que era de nadie y de todos, estos montes y sus alrededores, empezó a ser nuestro. Antes las gentes de los pueblos recogían frutos silvestres sin mayor preocupación; y cazaban; y pastoreaban... ahora nos deben de dar una renta todos los años por el derecho a hacer lo que sus antepasados realizaban gratis por estos mismos lares.

El Abad eructaba entre frase y frase pero no por ello dejaba de beber vino. Entre sorbo y sorbo le salían los pensamientos con toda nitidez.

—Ha sido labor de siglos, pero ahora no hay quien nos mueva de aquí. Mientras estas gentes sigan siendo un puñado de analfabetos, todo nos irá bien. —Y se concedió una última frase que dejara ver su condición—: Por supuesto con la ayuda de Dios... y que no nos falte.

Don Higinio vio al instante la similitud de los comentarios del Abad con su inminente situación y así, empezó por cercar los bosques de los que era nuevo señor. Después impuso a los habitantes del contorno una tasa de leñamen y pastoreo que enseguida se vio que era abusiva. Bajó los precios pero impuso el uso de sus propios mulos para el transporte de la leña, con lo que terminó por sacar casi igual suma de alejandrinos. Con todo, aquellas tierras no eran especialmente ganaderas y la leña no terminaba de ser buen negocio.

El militar retirado, entonces, alquiló la totalidad de sus terrenos de labranza. El pago se realizaba al final de cada cosecha y consistía en las tres cuartas partes del producto recolectado, estimando siempre una cantidad mínima de dinero para cuando las cosechas no diera lo suficiente. Así, la plácida vida de los campesinos del pueblo cambió de manera radical, pues hasta ese día habían estado felizmente al margen de las leyes que pudiera imponer una persona en particular, siendo las tierras colindantes de cultivo libre, aunque reglamentado por un real decreto de hacía más de doscientos años, que, mejor o peor, permitía la convivencia de las gentes del lugar y, lo que es más importante, su supervivencia. Ahora habían cambiado tristemente las cosas.

Era inevitable que algunos años la sequía hiciera estragos en la zona o el pedrisco echara a perder una cosecha. En esas ocasiones don Higinio hacía valer el documento en el que se obligaba a pagar al campesino el alquiler de las tierras con una suma de alejandrinos; pero esta cantidad era siempre tan desproporcionada que ningún labriego —y los había con ahorros de toda la vida— pudo nunca reunir la totalidad de dinero reclamado. Entonces el antiguo militar se quedaba impunemente con los animales de su deudor: gallinas, patos, conejos, gansos, burros, cerdos, caballos y hasta vacas, que vendía en las ferias de ganado de los pueblos que había al norte de la región. Pero lo habitual era que las pobres gentes no poseyeran animales —al menos con un valor suficiente—, con lo cual no se les volvía a ceder la tierra hasta que saldaran la deuda de un modo

u otro. Para este fin don Higinio utilizaba a sus llamados hombres de confianza. Éstos eran un pequeño ejército de asesinos y mala gente reclutada en los alrededores. Todo el mundo los conocían y trataban de que no se cruzaran en su camino. Estaban muy bien pagados y sólo tenían una cosa en común: respetaban al viejo militar, incluso lo temían, pues hasta en ese pueblo se sabía de las andanzas de don Higinio cuando era capitán de los Reales Guardias Alguaciles de San Josafar.

Las palizas, en consecuencia, estaban al orden del día y en ocasiones, al entender don Higinio que no iba a cobrar nunca, mandaba a sus hombres de confianza para que mataran al deudor. Estos asesinatos eran pronto conocidos por el resto de morosos, lo cuál provocaba que las pobres gentes hicieran lo imposible por pagar. Los más valientes —o desesperados— terminaban por marcharse del pueblo, huyendo —poniendo en peligro sus vidas— de un lugar en el que no tenían tierras que trabajar y en el que debían de soportar las vejaciones constantes de los hombres de confianza de don Higinio, los cuales empezaron a utilizar de manera autoritaria los servicios de las jóvenes hijas de los hortelanos o, si todavía eran de su agrado, de las esposas. Don Higinio consentía estas prácticas, que se convirtieron en algo habitual, pues se dio cuenta que producían mayor espanto que la muerte en extrañas circunstancias de cualquier campesino deudor.

De los más de treinta hombres que no soportaron más los ultrajes del militar retirado e intentaron fugarse del pueblo, sólo media docena consiguieron escapar. Don Higinio no se preocupó mucho por atraparlos, sabedor de que no faltarían otros que llegaran en busca de trabajo, pues el hambre de los pobres habitantes del Reino de Gurracam fue siempre el mejor aliado de su fortuna.

Por último el guardia alguacil retirado se adueñó de las tierras que lindaban con las suyas, comprándolas —en general de manera ilegal—, con precios muy por debajo de su valor real y poniendo en peligro la vida de sus propietarios con amenazas e incendios provocados. Así, llegó a convertirse en el mayor terrateniente que hubo nunca en aquel Reino —a excepción, claro está, de la Iglesia, que en cierto modo era su mentora—, lo que hizo que su fortuna aumentara casi de manera incontrolada.

6.

En menos de doce meses desde que llegaran al pueblo, los Lopezosa Quesada dejaron de vivir al lado de la plaza, en una casucha no muy mal acondicionada, por la que pagaban muy poco dinero. Don Higinio compró a una familia de marqueses, que ya no vivía en el lugar, la mansión en la que habría de terminar sus días. En el momento de su adquisición era una especie de ruina que parecía a punto de caerse en cualquier momento, pero en tan sólo tres años el nuevo dueño la remodeló a su gusto y la convirtió casi en un palacio. Así, alfombró de escudos todos sus muros,

levantó altos torreones en los cuatro costados del edificio de forma que pudiera otear hasta el último confín de sus tierras, fortificó las entradas de la casa con puertas de un grosor y tonelaje innecesario, e incrustó antiparas en todas las ventanas del piso inferior, para evitar las miradas curiosas que pudieran echar los paseantes al interior de la casa. Sin quererlo, consiguió que él y sus hijas tampoco pudieran ver apenas la calle desde el piso bajo.

Dado el crudo invierno reinante en la región, el antiguo guardia alguacil hizo que construyeran un complicado sistema de chimeneas, que al distribuirse por puntos estratégicos de la mansión inducían a que cualquier rincón se mantuviera razonablemente caldeado. Para alimentar las quince enormes chimeneas don Higinio almacenaba entre las columnas de piedra del patio interior —en cualquier estación del año— de quince a veinte estéreos de leña de encina de primera calidad, que contrastaban con las casas más humildes, donde en mitad del invierno ya se empezaba a pasar frío.

En el interior de la casa se hicieron también importantes reformas. Así, fueron recubiertos los techos de los pasillos de vigas de maderas nobles, y los de los aposentos se llenaron de artesones con distintas formas de polígonos regulares casi perfectos, siendo el mejor un magnífico artesonado mudéjar que cubrió el techo del dormitorio de don Higinio y que tenía un sospechoso parecido a otro que casualmente —coincidiendo con las fechas de su adquisición— se había quemado en una de las estancias interiores de la iglesia de La Alpurria.

En algunas habitaciones ocultó las paredes con costosos tapices traídos desde las Real Fábrica de San Josafar y que generalmente representaban exóticas batallas de los tiempos en que el rey de Macedonia Alejandro III el Grande extendía su imperio por Mesopotamia, Babilonia y Persia. Además, recargó las habitaciones de inútiles muebles decorados hasta la estupidez, de sillones fraileros, de cómodas, lámparas, espejos, mesas, camas de exageradas proporciones y hasta algún busto de algún senador romano que jamás existió. Por si fuera poco, en la totalidad de las estancias descansaban un par de arcones de maderas gruesas, forrados de cuero o adornados con motivos de cadeneta. La mayoría de ellos estaban vacíos y mostraban sus goznes, cerraduras, bisagras y candados totalmente nuevos y relucientes, debidos al poco o ningún uso. En conjunto, todos estos objetos y adornos, daban más sensación de agobio que de riqueza y esplendor.

7.

Aunque en general la vida transcurría plácidamente mientras el militar retirado convertía la ruina de la calle de los Cien Fuegos en una mansión con el aspecto y los recursos de una fortaleza, hubo ocasiones en que sus muchos deudores, agraviados hasta el límite de sus fuerzas, intentaron

alguna escaramuza contra él, pero debido a la poca maña para estos menesteres siempre mostraban torpeza, convirtiendo su acción en algo inútil y lo que es peor, letal. Sin embargo, hubo un incidente en el que don Higinio estuvo a punto de perder la vida a manos de un campesino embrutecido por las muchas e infructuosas horas perdidas labrando la tierra bajo el sol de La Alpurrría. Aquel hombre no dudó en poner fin a las prácticas del antiguo guardia alguacil justo después de oír a su joven hija el terrible relato de cómo habían abusado de ella tres hombres de confianza mandados por el terrateniente y ver, literalmente loco de rabia, la sangre reseca entre sus piernas. El campesino esperó pacientemente durante dos horas y media escondido en una calleja desde donde se podía ver la puerta de la mansión de la calle de los Cien Fuegos. Con la vista fija en la madera de la puerta consiguió que se le nublara unas cuantas veces, pero su mano derecha, de la que asía una hoz vieja pero bien afilada, no tembló un ápice. En un momento dado salió un criado, pero el campesino siguió quieto en su lugar. Sólo la presencia de Don Higinio lo haría moverse. La tensión de sus músculos se volvió dolor pero él no quería enterarse y aguantó con la mirada fija en la puerta.

De pronto uno de los carruajes del militar retirado avanzó por la calle y se posicionó frente a la puerta. Segundos después apareció don Higinio que, como siempre, giró dos vueltas de llave en la cerradura de la pesada puerta que daba acceso a su mansión, más por costumbre que por miedo a que nadie se atreviera a entrar sin permiso, cosa que ningún hombre cuerdo haría aunque la dejara de par en par; y entonces, justo cuando abría la puerta de su carruaje, fue sorprendido por el labriego. El pobre hombre, fuera de sí, utilizó su hoz para rodearle el cuello e intentar rebanárselo de un sólo golpe. Hubo un momento en que nadie hubiera apostado nada por la vida de don Higinio, pero éste contaba sólo cuarenta y tantos años y conservaba sus trucos para con aquel que quisiera pendencias con él. Con rapidez felina sacó una daga de su capa y de tres certeras cuchilladas en un costado logró que el campesino soltara la hoz y cayera al suelo tan débil e indefenso como el día en que nació.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó en voz baja. Luego miró a la persona que acababa de insultar. Se estaba desangrando. Sabía, ya que no era la primera vez que despachaba de esta manera a una persona, que en breve empezaría a vomitar sangre y a sufrir espasmos. Antes de que esto ocurriera don Higinio descargó cuatro furiosas patadas en la cabeza del hombre tendido en el suelo. El labriego quedó prácticamente muerto.

—¿Está bien señor? —preguntó el cochero, que bajó apresuradamente cuando el lance, que ocurrió en cuestión de segundos, estaba claramente a favor de su patrón.

—Estoy bien —fue la pronta respuesta—. En peores me he visto —recalcó, mientras se palpaba la fina herida que había dejado la hoz en su cuello. Luego miró con dureza a su interlocutor —. En peores, pero con mejores

aliados.

8.

Fuera por temor a los labriegos incontrolados o por simple aburrimiento, don Higinio, con el paso de los años, empezó a estar harto de andar tras sus deudores y decidió emplear aquellas hectáreas, que con tan poco esfuerzo había conseguido reunir, para cultivar por su cuenta patata, remolacha y cebollas —que era lo que mejor crecía por allí—, en vez de alquilarlas. La operación fue muy sencilla en realidad: hizo que los campesinos que todavía tuvieran deudas con él y sus hijos en edad de trabajar firmaran un documento —en el que el Rey había estampado su sello—, por el que el militar retirado les perdonaba su débito a cambio de que trabajaran el resto de su vida sus terrenos, cobrando un sueldo de miseria. Nadie voluntariamente habría firmado aquel pacto, pero los hombres de confianza del militar retirado se dedicaron a conseguir la mano de obra de forma que nadie se pudiera escapar de la clara línea trazada por el plan de su jefe.

Los labriegos aceptaron su triste destino pues ya nadie dudaba que aquel militar retirado, condecorado por Su Majestad el Rey Bartolomé III El Magnífico en cinco ocasiones y que había servido a Gurracam con honor y valentía, tenía el derecho casi divino de hacer lo que le viniera en gana en aquel pueblo olvidado de Dios, del Rey y casi de la Santa Inquisición gurracamesa.

Podéis conseguir "El Reino de los Malditos" en Leibroseditorial.com, la Casa del Libro o Amazon.

Échale un vistazo al Book Trailer: <https://youtu.be/kCcbm2dBU6g>

Y si queréis saber más, pasáros por la página de Facebook.

<https://www.facebook.com/ElReinodelosmalditos>

GRACIAS !!